**¿Dónde está la muerte?**

Julio César Zamora

Esa noche los pájaros provocaron el viento con tanto ruido. La puerta retumbaba y las persianas de las ventanas se sacudían en forma violenta. Pese al escándalo nadie se levantó a cerrarlas; mientras unos escribían presurosos, otros corregían textos y algunos diseñaban páginas sin despegar la vista del monitor.

El periódico estaba situado en el segundo piso de un edificio aledaño a un cementerio. A un lado de la recepción había una escalinata de concreto que ascendía hacia una pequeña terraza, donde lo único que se alcanzaba a observar eran tumbas, cruces y unos cuantos huizaches. El único árbol grande y frondoso era el que estaba a la entrada del panteón. Ahí se anidaban todas esas aves negras, una especie rara, emitían un graznido repetitivo y estridente, como si fueran cuervos, pero del tamaño de un ticús. Se les podía escuchar varias cuadras a la redonda.

Era casi la una de la madrugada cuando uno de los editores terminó su trabajo. Tomó la boina, la chaqueta y se despidió de los que aún quedaban en la redacción, para enseguida comenzar su caminata a casa, hacia el oriente, por toda la calle Juárez. Al salir del edificio observó que el caserío y las vialidades lucían silencias y desoladas, con más quietud que los sepulcros del terreno contiguo. Sólo los pajarracos parecían no descansar, de sus picos salía un sonido corto y áspero, ni agudo ni grave, pero constante, insistente.

Hacía poco más de un año que el editor recorría esa ruta a pie, siempre por en medio de la calle. Sabía que eso le evitaría cualquier sorpresa en las esquinas, ya que eran nueve largas cuadras, la mayoría en la penumbra, pues las escasas luminarias que funcionaban emitían una luz amarillenta que apenas si alumbraban a quien se colocara debajo de ellas. Aunque la ciudad se desvanecía desde las 10 de la noche, no faltaban los trasnochadores que sorprendían transeúntes, por lo que tomaba sus precauciones.

Además de que Juárez era la vía directa a su casa, al editor le gustaba recorrerla porque era una de las calles más antiguas, a lo largo de ella todas las viviendas tenían sus puertas y ventanas de madera, los muros de cantera rosada. Tenía una obstinada fascinación por la madera vieja y la piedra. Sentía que caminaba sobre un callejón de otra época, de otro país, de su otra vida. En ese trayecto se fumaba el último cigarro del día, repasaba mentalmente la información de algunas notas, luego se inundaba en sus pensamientos y se dejaba llevar por algún recuerdo, una imagen, una voz.

Conforme avanzaba, el eco de los pájaros disminuía. Nunca los había escuchado graznar tanto en la noche, parecían muy alterados, como si el viento y ellos se enfrentaran en una guerra de sonidos. A esas horas de la madrugada arrecia el frío, casi muerde la piel. Por eso la gente se duerme temprano, cierra sus casas en cuanto anochece, dando la impresión de que nadie habitara en ellas.

A la mitad del recorrido, el editor escuchó unos pasos lejanos. Al cruzar la esquina, miró hacia la calle perpendicular del norte, una empinada, donde alcanzó a distinguir la figura de un hombre que venía bajando a pie hacia la de Juárez. Se hallaba a poco menos de una cuadra de distancia de él. Sin detenerse, recordó algunos pasajes de un cuento de Octavio Paz, titulado algo así como el ramo azul, donde al personaje se le aparece otro en la noche y le dice: ¡Alúmbrese la cara! Hacía un calor infernal en esa historia; aquí era muy distinto, el aire helaba y no había fantasmas, sólo pájaros inquietos. Él disfrutaba del viento frío en cada paso que daba.

Unos metros más adelante, el editor volvió a escuchar el eco de las pisadas, ahora más cercanas. Por el golpeteo grave que se producía contra el pavimento, dedujo que se trataba de alguien que usaba botas. Le pareció extraño que acaso fuera la misma persona que acababa de ver. Imposible que avanzara tan rápido, habría tenido que correr y lo hubiera escuchado. Sería alguien más que tal vez no vio por rememorar el ramo azul.

Conforme continuaba, el sonido de los taconazos era más fuerte y con más prisa, como si vinieran detrás de él. Por cautela, giró su cabeza hacia atrás y distinguió a un hombre que venía caminando por la misma calle y dirección, pero a media cuadra de distancia. No se amedrentó, pero aceleró un poco el paso. Pese a ello, el ruido de las botas se hizo más próximo, al punto que sintió lo iba a alcanzar. Se encaminó hacia un lado de la banqueta y avanzó con más premura, pero quien aparentemente lo seguía hizo lo mismo.

Casi llegando al final de la séptima cuadra, como el escandaloso graznido de los pájaros, escuchó una voz desgarrada:

–¡Hey!... ¡Oye!

El editor no se detuvo, pero el llamado sonó de nuevo, más grave, más brioso, casi gritando:

–¡Oye!... ¡Detente!

Sin dejar de avanzar, giró el torso hacia atrás y observó a un hombre joven, más robusto y alto que él. Reconoció el peligro y supo que habría problemas, cualquier decisión que tomara sería riesgosa ante la ineludible cercanía del desconocido.

–¿Qué pasa? -le dijo en un tono enérgico.

El hombre se detuvo, respirando con agitación, mientras alzaba el antebrazo para quitarse el sudor y tomar aire. El editor también dejó de caminar, tomando su distancia. Cara a cara observó la mirada delirante y las flagelaciones que tenía en el rostro, sobre todo en la frente y en los costados, entre los ojos y las orejas, como heridas vivas.

–¿Qué pasa? -volvió a inquirir el editor.

–¿Dónde está la muerte? -preguntó el hombre en tono desafiante y recio, levantando los brazos-. ¿¡Dónde está!?

Desconcertado, el editor no estaba seguro de haber escuchado o comprendido esas palabras.

–¿Dónde está la muerte? -volvió a cuestionarlo.

Se quedó perplejo. Trató de responderle, pero no hallaba una palabra ni frase lógica ante la insensatez de tal interrogante.

En ese titubeo del editor, el hombre se le acercó y le repitió lo mismo, pero con una exagerada desesperación:

–¿¡Dónde está la muerte!? ¿¡Dónde está!? -y en ese instante, antes de que el otro respondiera, le lanzó sus enormes manos abiertas hacia el cuello, pero el editor alcanzó a esquivar la brazada y de inmediato le contestó, perturbado, pero con coraje:

–¡Yo qué chingados voy a saber!, ¡debe estar por allá, en el cementerio! -le dijo apuntando con el brazo hacia el poniente, de donde él venía.

–¡No, no está ahí! ¡Tú sabes dónde está! -le respondió irritado y de nuevo se le dejó ir al cuello, pero éste volvió a sortearlo, resbalándose un poco y metiendo la mano para no caer, se reincorporó y se hizo a un lado con rapidez.

–¿Qué quieres? -le espetó el editor, moviéndose alrededor del hombre, en círculos, sin permitir que se le acercara.

–Es que… es que… -habló en tono pausado, con la mirada perdida, luego dio un paso adelante y comenzó a levantar sus manos a la altura del pecho, engarruñando los dedos y fijando sus ojos cristalinos en los del otro- ¡quiero apretarle el cuello a alguien! –respondió con furia, volviendo a echar el cuerpo y los brazos hacia adelante para intentar atenazarlo con sus manazas, alcanzando a rozarle el hombro, pero tampoco lo logró.

El editor sabía que si le contestaba con algún golpe, la lucha sería a muerte. Por ello en ningún momento dejó de moverse ni tomar distancia, como si fuera un boxeador, aunque no sabía nada de pugilismo. Estaba consciente de que si se dejaba atrapar, ya no vería el amanecer.

Entretanto, tenía la esperanza de que pasara algún carro o apareciera alguna otra persona que lo auxiliara, pero nadie, mucho menos la policía. La calle estaba desierta. Hasta el viento y el frío habían desaparecido, o al menos eso le pareció. En ese eterno momento de silencio, sólo escuchaban el resuello propio y del otro, así como la fricción de sus suelas sobre el asfalto terregoso. El graznido de los pajarracos ya no se oía.

Al comenzar a sentir cansancio y notar que el hombre no se rendía en cumplir su cometido, el editor optó por hablarle con preguntas igual de disparatadas:

–¿Oyes los pájaros? ¿Los oyes? Lo único que sé es que allá, donde se escuchan los pájaros, encontrarás lo que buscas. ¿Quieres morir hoy? ¿Quieres la muerte ahorita? Si no está en el cementerio, espérala aquí, dale tiempo. Conmigo no la vas a encontrar, al menos no esta noche -le explicó, mientras con el dedo índice le hacía una señal de negación.

De manera abrupta, el hombre se detuvo y agachó la cabeza, dobló las rodillas y se tiró al suelo boca arriba, diciendo entre balbuceos:

–Estoy harto, cansado de buscarla. Sigue tu camino… -se llevó las manos a la cara y se tallaba con fuerza la frente, como si quiera despegarse la piel.

El editor estuvo a punto de decirle que la muerte estaba muy cerca, que ya la había visto de frente y usaba botas, pero simplemente se dio la vuelta y reanudó su caminata por la cuadra despoblada, aguzando los oídos por si aquél regresaba o se encontraba con otro noctámbulo.

Al llegar a casa, lo primero que hizo fue tomar la botella de tequila. Le dio un largo y profundo trago, luego otro más. Se dirigió a la sala para dejarse caer en un sillón y se quedó mirando un óleo que tenía colgado en el muro, mientras volvía a empinar el codo. Era una pintura titulada *El Escape*, se trataba de un hombre dando un gran salto para salirse en ese mismo impulso por una enorme ventana abierta. Sonrió forzado y recordó de nuevo el “alúmbrese la cara” de Paz, el alboroto de las persianas y el incesante ruido de los pájaros del cementerio. Dio un último sorbo a la bebida y se fue a la cama, a intentar dormir.

Varias horas después despertó atónito, creyendo escuchar graznidos al interior de su casa. Se levantó y se dirigió al patio trasero. En lo alto de la barda, en la esquina, alcanzó a ver un ave negra que despegaba en vuelo, más pequeña que un cuervo, como los ticuses de Colima.

Por la tarde, igual que siempre, se encaminó hacia su trabajo por la calle Juárez, y al pasar por la cuadra en la que lidió contra el hombre de las botas, vio una mancha amplia de color tinto sobre el asfalto, como un rastro de sangre. *¿Acaso habrá encontrado la muerte?*, pensó.

Una vez que llegó al periódico, lo primero que le comentó el director fue que ya tenían la nota principal para la sección policiaca: “Mueren dos drogadictos en riña; mientras uno lo sometía por asfixia, el otro lo apuñalaba con arma blanca”.